

## Panorama cultural

### Ganadores del concurso internacional de cuentos y relatos «Un mar de palabras»

El proyecto «Un mar de palabras», realizado por el IEMed y la Fundación Euromediterránea Anna Lindh para el Diálogo entre Culturas, se sitúan en el marco de las 1001 Acciones para el Diálogo Intercultural con la intención de contribuir al fomento del diálogo entre culturas, así como al intercambio de conocimiento y experiencias entre diferentes tradiciones locales y nacionales. El proyecto está dirigido a la exploración de nuevos enfoques en materia de diálogo intercultural que conduzcan hacia una apertura de nuestro entorno social, contribuyendo a impulsar una sociedad más dinámica y variada donde la gente joven, como generación futura, pueda adquirir un papel relevante en todo el proceso de aprendizaje que conlleva el conocimiento mutuo de las diferentes culturas que conviven en un mismo espacio: la región euromediterránea.

Así, 211 jóvenes de 37 países enviaron sus cuentos breves en 25 idiomas distintos. De todos ellos, un jurado internacional eligió a los 30 mejores, cuyos autores fueron invitados a Barcelona y Madrid para asistir a la entrega de premios y participar en una serie de actividades de intercambio cultural. Tres de estos relatos fueron premiados con una mención especial del jurado internacional. Las actividades del concurso tendrán su continuidad con la publicación de los 30 mejores relatos y la realización de dos talleres que se llevarán a cabo en ambas orillas del Mediterráneo

Más información en:

<http://www.iemed.org/seaofwords>

<http://www.youtube.com/aseaofwords>

### Entre dos orillas

Élise Blot. Francia

Dicen que voy dando tumbos entre la infancia y la edad adulta. Flaqueo, me hundo... ¿Será por no haber visto mundo?

«Romu no tiene deseos, le falta ambición», repiten al unísono mis viejos todos rayados. Mal rollo. Soy un pringado. Sólo quiero pirarme a un lugar extranjero que mole.

Bajo mis rastas y mi piel mugrienta, estoy seco, lo veo todo negro. El año pasado fue mi primer año de uni... El final de un mundo protegido, el principio de una gran nada. Al cabo de un mes mando la carrera a paseo. Me refugio en las barras de los

baretos del barrio. Me siento mejor que en clase. Vivo a salto de mata. Caliento los taburetes de mis amigos taberneros. Ya sólo veo a mis viejos para repostar ropa y pasta.

Sueño con abrirme, largar amarras, dejar el puerto en el que estoy atracado, mi Marsella natal. Me gustaría extirparme del escenario de mi vida. Y sin embargo, nunca he estado tan cerrado, tan profundamente enraizado por los pelos a mi violento mistral.

Estoy tenso, estático, como un bloque de piedra; quisiera evadirme... Entonces me quedo pasmado

mirando los espejos que hay detrás de la barra del bar, mi garito. Respiro depresión. Me falta motivación.

Al salir del tugurio para ir a ninguna parte, un anuncio pegado en la puerta, cerca de la salida, me hace levantar la vista de mis clarks... Una invitación al viaje: «En julio, la asociación de inmigrantes marroquíes alquila un autocar con destino a Fez por un precio sin competencia.» Marruecos... ¿Mi hueco? ¿Acaso podría ser mi rosa de los vientos, mi próxima escala? ¿Y si a mis 18 tacos liara el petate y dejara de liarla? ¿Y si me atreviera a emprender el vuelo, aunque fuera sólo por un verano?

¿Hemorragia cerebral, insolación? Voy como un relámpago hasta la sucursal más cercana. Saco el dinero que necesito para mi próximo viaje. Corro a la sede de la asociación de inmigrantes a comprarme el billete: «Mi plaza, mi asiento de autocar hacia el país de las naranjas.»

Un anciano enturbantado de mirada franca y tez apergaminada sentado tras una mesa metálica, al fondo del local, me pregunta sin rodeos: «¿Qué vas a hacer allí?»

Busco respuestas pero, como no encuentro ninguna, suspiro, mascullo: «Estee... Bueno... Ejem...», y vuelvo a bajar la vista mirando la puerta de reojo.

«Espera, chico. En mi país, en el pueblo, hay un campamento de Europa con jóvenes de todo el mundo, de todos los países. Trabajas en el pueblo por la mañana, te dan de comer, un sitio para dormir. Y te llevan a visitar, conocer... las maravillas de Marruecos... su hospitalidad.» Me pasa un mapa y me tiende su mano callosa, firme, tranquilizadora, para decirme adiós. ¿Será un hechicero el viejo chamán enturbantado?

Dicen que con este proyecto de partida he recobrado la confianza, las palabras para reafirmarme... Izo las velas, dejo la dársena, ¡Marsella! Listo para zarpar, aviso a mis viejos. La idea del campamento también les mola.

Llevo la llave de mi libertad en el bolsillo: guardo cautelosamente el billete y el mapa con la

dirección del campamento de voluntarios. Cuando los llamo de parte del chamán, que se llama Amman, la asociación me inscribe: me esperan en las montañas del valle del Rif, en el pueblo de Beni Ould, para renovar un orfanato y trabajar un mes en las «zonas verdes», con otros 20 participantes.

Todo se agita bajo mis rastas... Me digo en voz alta: «Romu se mueve: adiós uni, viejos, bareto, Marsella.» Embrujado por Marruecos, mi hueco, un *slam* me llena la cabeza, un estribillo pegadizo: «*Marre des Marionnettes et des guignols rampants. Marre des marivaudages qui ne me concernent pas. En cette matinale, un marabout me fait et je m'envole au vent. Dans son association d'un coup de martinet : Marathonien marrant, amarrage marocain. Shaman va transformer, Romu va voyager.*»<sup>1</sup>

Me hago a la mar, sin más equipaje que mi mochila... Esa mochila que hasta ahora he llevado de mi casa a la de papá y mamá, con mi ropa sucia en su interior. Un poco de ventilación, aire fresco: ¡vámonos a recorrer mundo!

Nuestro autocar está repleto de pasajeros con sus bolsas y sus cajas... Teles, hornos, minicadenas, electrodomésticos, juguetes y regalos son, según parece, el pasaporte de retorno al país de origen. Los pañoles y la galería están llenos, e incluso tengo una central de vapor bajo mis pies.

Tan pronto como salimos de Marsella, en la autopista hacia Montpellier, la radio emite un *hit* de Cheb Mami. ¡Qué ambientazo nada más empezar! Bajo mi fleco flipo con el cacareo de las matronas y sus contoneos de lo más sugerentes.

Es la fiesta de regreso a las raíces. En este autocar de inmigrantes, yo soy el único extranjero. Soy el único que no conoce... Por eso me miman. Estoy muy solicitado. Uno me cuenta su vida, la boda de su hijo, el enorme *mechui*, una fiesta que dura varios días. El otro alaba a su mujer, su región, el desierto, los bereberes. Las horas pasan volando, nos zampamos España y, con ella, los kilómetros. No hago nada, sólo escucho... Me invitan a todas partes: «¿Oye, vendrás a vernos a casa? Sí, al pueblo...» Cantan las maravillas de su país. Estoy en marcha.

1. «Basta de marionetas y de personas abyectas. Basta de devaneos que me importan un bledo. Esta mañana temprano, un moro me pasa la mano, y el viento se me lleva volando. En su asociación, de un empujón: maratón tronchante, amarre marroquí. El chamán transformará, Romu viajará.»

En Algeciras, en pleno sur de España, nos espera un ferry. Con otros miles que han llegado en autocar, en camión o en coche, embarcamos hacia Ceuta en medio de un gran bullicio.

Vislumbro Marruecos, África... a lo lejos, en el horizonte. En la proa del barco, sobre el puente más alto, el buen anciano, Amman, mira al frente. Tiene presencia. Su sabiduría me cautiva. Me acerco a él. Me lanzo y le suelto: «Háblame de Beni Oulid... donde voy.»

«Ahí me crié. Es un pueblo muy pobre, la tierra es demasiado seca. Es el primer campamento, serás un extranjero entre extranjeros. Ahora te toca a ti, hijo... —dice sonriendo—. Como yo, cuando era joven... en los años sesenta. Francia me llamó, para ir a trabajar. No lo entenderás todo. Tendrás que observar, vivir siempre rodeado... Porque en mi continente, uno no está solo más que cuando lo entierran...»

Nuestro ferry atraca en medio de un gran hormigueo de pasajeros impacientes. No hemos pegado ojo desde que salimos. De Ceuta a Fez, la música me mece. Me despierto con la cabeza derrumbada sobre las piernas huesudas de Amman.

Atravesamos las murallas de la ciudad imperial. Frente a la estación de autobuses, una hilera de honor espera a parientes y amigos. Y en un torbellino valsan todas las teles, las mujeres, las planchas... El autocar se vacía rápidamente de su carga. Me dan direcciones e invitaciones: «Pásate por casa, aquí, ahora mismo si quieres.»

Me quedo solo, con mi mochila y la mente un tanto espesa, sin saber adónde ir. Me siento un poco perdido, aturdido, desorientado.

Cuando diviso a Amman al otro extremo de la plaza, vuelvo a respirar. Baja de un viejo coche y hace un gesto para que lo siga. Tomamos otra carretera en un gran taxi que espera a llenarse con otros pasajeros. Más tarde, dos vendedores de ropa, con toneladas de trapos amontonados sobre los hombros se unen a nosotros. Cuando todo está bien colocado, el taxi arranca.

El campamento al que estoy destinado, Beni Oulid, se encuentra a dos horas por un camino de tierra, arriba, en las montañas. La vieja furgoneta escupe de sus entrañas un humo negruzco.

Adelantamos a unas mulas llevadas por niños. Amman me enseña unas cascadas, lleno de orgullo.

Para el taxi en la entrada del pueblo: «Mi granja está más arriba. Sigue tu camino, Rouya. Preguntar por el orfanato, alguien te guiará.»

La carretera atraviesa el pueblo. Dos bares se miran cara a cara. En sendas terrazas hay hombres fumando *shisha*. Uno de ellos me indica dónde está el campamento, detrás de los granados. Un poco intimidado, entro en un patio blanco, porticado. En una sala vacía comen algunos jóvenes, sentados en el suelo.

Me presento con el corazón a mil, y me hacen un hueco. Me coloco entre un japonés que viene de América y un bereber, estudiante de Marrakech. Somos unos 10, de España, de todo Marruecos, de América y de Italia. Soy el único francés.

«Ésta es nuestra casa —nos explica Salim, el estudiante de Marrakech—, mañana Romu y yo iremos al mercado, y vosotros haréis la comida. Pasado mañana irán otros dos. Todos trabajaremos cuatro horas cada mañana. Con la supervisión del alcalde, tendremos que conseguir que este lugar abandonado sea bonito. Plantaremos árboles alrededor. Al final del verano llegarán niños, huérfanos e internos. Pero también son nuestras vacaciones, así que por las tardes, los viernes, los domingos, siesta, baños, café, sois libres.»

Situado pero no demasiado, sentí que volvía a nacer. ¿Es por la responsabilidad o por el hecho de autogestionarme? Aprendo a cocinar para 15, a pintar, a plantar árboles. Hago amigos.

En el bar, al atardecer, me cruzo con mi viejo chamán. Como soy el único francófono del grupo de entre mis compañeros del campamento, me propone que una noche les «hable de Francia y de sus dificultades». «Estoy cansado de ver a los hombres y niños de aquí soñar con el paraíso francés. Algunos vecinos se embarcaron un día y nunca llegaron a buen puerto... ¿Muertos? Sin domicilio en Francia, desaparecieron sin dejar rastro, ni noticias, ni dirección. Háblales de Marsella, de tu ciudad, de tu vida.»

Frente a las cascadas, a la sombra de un granado, preparo mi charla. Una noche llevo a todo el grupo a la gran casa de Amman, tal como él propuso. En su terraza hay un centenar de personas. Todo el pueblo está aquí, el alcalde, los hombres del bar, las mujeres y los niños y, al fondo, mis colegas del campamento.

Amman, solemne, me presenta a la asamblea como un embajador francés. Se hace el silencio, izo

las velas: pongo el decorado de mi ciudad, Marsella. Les hablo de las comunidades que no se hablan, que se rechazan. Les hablo del paro, del racismo que se gangrena, del Frente Nacional. Describo las pensiones de mi barrio, Belsunce, donde se pudren los viejos como Amman, rodeados de ratas y basura.

Mi audiencia se ensombrece, pregunta, reacciona. Entonces les explico mi afortunado encuentro con mi guía Amman. No lo miro, estoy un poco emocionado.

Suelto mis folios: «En Francia estaba perdido, vagabundeaba aislado. Amman es mi chamán, me abrió una puerta cuando estaba tocando fondo. He tenido la suerte de haberme integrado aquí. Beni Oulid me ha amarrado a la vida. ¿Hay oportunidades como ésta en Francia? No, y eso no me gusta, no es algo de lo que esté orgulloso...»

La asamblea me aplaude. Se sirve cuscús en medio de una danza de mujeres. Charlamos durante largo rato, ahora tumbados en grandes sofás, alrededor de un largo té, con el alcalde y los amigos de un verano.

He abierto los ojos. Este verano coloreado me ha llenado de vida. Después de cuatro semanas estoy dorado, rehinchado, panzudo de tanto cuscús, musculoso de trabajar.

Antes de regresar a Fez para volver a Marsella, se me encoge el corazón. Decido asumir lo que soy, con hechos. Voy al barbero: «Córtame las rastas, ¡estoy harto de esconderme!»

Sentado cerca de mi chamán, en el autocar de regreso, permanecemos en silencio, vacíos. La radio canta sola. Hay tanta nostalgia en el ambiente que Amman me dice: «Romu, ¡estás radiante! Pareces un sol. Cuando quieras —sugiere, con una sonrisa— te casas... y te quedas aquí.»

«¡Déjalo ya, mago! Ahora me encargo yo de mí mismo.» Tengo ganas de currar y de ver más mundo. Tengo ganas de conocer. Tengo sed de gente desconocida. ¡Ahora ya no hay quien me pare!

En Beni Oulid, en la asociación de inmigrantes, en el barrio de Belsunce, en casa de mis viejos, todo el mundo dice que Romu se ha vuelto adulto. «Es un hombre hecho y derecho...»

Marruecos, mi hueco... A menudo me acuerdo de mi *slam* favorito, pegadizo: «*Marre des Marionnettes et des guignols rampants. Marre des marivaudages qui ne me concernent pas. En cette matinale, un marabout m'a fait. Je m'envolais au vent. Dans son association d'un coup de martinet : Marathonien marrant, amarrage marocain. Shaman a transformé. Romu a voyagé.*»<sup>2</sup>

---

2. «Basta de marionetas y de personas abyectas. Basta de devaneos que me importan un bledo. Esta mañana temprano, un moro me pasa la mano, y el viento se me lleva volando. En su asociación, de un empujón: maratón tronchante, amarre marroquí. El chamán ha transformado, Romu ha viajado.»

## Mushmeshi

Ilaria Mavilla. Italia

La camioneta del tío arrancó en la pedregosa carretera hacia Túnez. En cada bache me encontraba rodeado de cajas de cuscús Drapeau. Aquella mañana no había ido al colegio, porque sólo pensar en la fusta de Monsieur Gidou me había dado fiebre. La tía Grace me quitó el mal de ojo y me obligó a beber un vaso de sangre de cerdo. La fiebre me

desapareció enseguida y entonces insistí en ir al zoco con ella y con mamá.

Por la ventanilla veía desfilan las barracas de los árabes que trabajaban en nuestra granja. Estaban hechas de barro y yo me preguntaba cómo era posible que no se derritieran al sol. Pero nunca había visto ninguna derretida. La última de la hilera era la de Jussef, donde yo iba a escondidas a comer cuscús. Mi madre decía siempre que los moros eran unos marra-